

diante (D. Antonio María Segovia) frente á la fogosidad tribunicia de Galiano y Corradi; los defensores vergonzantes de lo pasado junto á los agoreros de lo por venir, eran causa de que no se extremaran las novedades. Lo que allí se dijo y sostuvo con calor, contenía muy poco de originalidad; pero se tradujo en razonables consecuencias, que contribuyeron á orientar la opinión de los descaminados y los vacilantes. ¡Lástima que se diese tanta importancia á las cuestiones de forma, llevando y trayendo las unidades aristotélicas con la minuciosidad y el escrúpulo de los preceptistas! Así y todo salió triunfante de las pruebas el teatro de Lope y Calderón, y se aplicó al de Corneille y Racine un criterio más independiente del que hasta entonces se estilaba. Tampoco dejaron de apreciarse en su justo valor los esfuerzos que, en defensa de la misma causa, tantos disgustos acarrearón al buen García de la Huerta merced al intolerante fanatismo del siglo XVIII ¹.

Eco de la moderación y del buen sentido, que frecuentemente se olvidaban en estas disputas, se dejó oír la voz de D. Alberto Lista, respetada por los corifeos de ambos partidos, y que por esa causa gozaba de una autoridad indiscutible. Desafecto por instinto y por educación á las crudezas de los románticos franceses, profundo conocedor de la literatura clásica, así la latina como la nacional, no llevó á pesar de todo su intransigencia hasta el punto de deprimir las glorias dramáticas de nuestro gran siglo XVII; antes las dió á conocer en razonados análisis, que hoy mismo leemos sin disgusto. Ahondando después en la cuestión fundamental, notó con grande perspicacia las analogías que median entre el romanticismo bastardo, idólatra de la carne y las pasiones, y la literatura pagana, cuyos

¹ Las sesiones á que aludimos son las de 1838 y 1839. Pueden verse reseñas y extractos en los periódicos de la época, sobre todo en *El Semanario Pintoresco*.

recuerdos quería borrar de la memoria entre las torpezas sensuales de la una y las del otro. Lista llamaba *clásico* al arte legítimo, sin atender á las divergencias de pura forma, y en lo que esto no fuese veía sólo cuestiones de nombre exageradas por los ignorantes de ambos partidos ¹.

Con la originalidad personalísima y el tono grandilocuente de costumbre terció asimismo en la polémica el insigne Donoso Cortés. Su estudio sobre *El clasicismo y el romanticismo* ², además de señalar en sus opiniones religiosas y sociales una fase nueva y de transición, entre las brillanteces doctrinarias y el espíritu firme y radical del famosísimo *Ensayo*, elevó la cuestión á un terreno en que sólo las maravillosas síntesis y el poder mágico de su elocuencia podían hacer camino á la verdad. Lanzando una mirada de olímpico desdén sobre los que él llama *dramaturgos* románticos y *copleiros* clásicos, personifica los dos grandes ideales en Dante y en Homero, en el cantor sublime de la Teología y el inimitable intérprete de la antigüedad pagana. Para Donoso no hay más diferencia esencial entre el clasicismo y el romanticismo que la nacida de las circunstancias, del modo de ser y de la fisonomía peculiar de las opuestísimas sociedades en que uno y otro aparecieron. El arte clásico es el arte de la forma, y el romántico el de las ideas; aquél fué hijo de la verdad relativa y convencional, éste de la absoluta. Los héroes helénicos obedecían al impulso de la fatalidad, que era entonces una religión y una creencia; en la literatura de los pueblos católicos aparece el gran resorte de la personalidad humana, y con él la idea legítima del amor.

¹ Los artículos que sobre estas materias insertó en *El Tiempo*, de Cádiz, y en varias otras publicaciones, están reunidos en sus *Ensayos literarios y críticos*. (Sevilla, 1844.)

² Publicado en *El Correo Nacional* (1838), y reproducido en sus *Obras* (tomo II, Madrid, 1854).

Según las doctrinas inflexibles que para nada toman en cuenta el *medio* social y su influjo sobre el artista, tiene que resultar absurdo uno de los dos sistemas. Donoso explica tales contradicciones demostrando que se deben «adoptar como criterio de la belleza poética ciertos principios absolutos, combinados con otros sujetos á alteraciones y mudanzas, combinándose así espontáneamente la unidad y la variedad, la firmeza y el progreso, la regla y la inspiración en una fecunda teoría». Los genios creadores de todos los tiempos no se cuidaban de ser clásicos ni románticos, y, aun siéndolo de verdad, pueden abrazarse cariñosamente en las elevadas regiones de lo ideal y lo bello; los que se pagan mucho de su filiación y discuten eternamente el mote de las empresas grabadas en su escudo, merecen más el nombre de sofistas que el de poetas. Ni en España, ni fuera de España, se escribió cosa más racional y contundente sobre el pavoroso litigio, aunque por lo amargo de sus verdades, ó por lo efímero de las publicaciones periodísticas, no obtuvieran estos artículos la fama y el éxito á que eran acreedores. Donoso no se preciaba de entendido en materias de crítica literaria, y tuvo de ella, no obstante, más alto y filosófico concepto que ninguno de los que la ejercían como profesión ó magisterio de inapelable autoridad ¹.

Esto por lo que toca á los principios, porque los hechos marchaban por muy diferentes vías, sometidos ciegamente á las imposiciones de la moda, á los extravíos deplorables de la exageración fanática, á los colorarios prácticos que la muchedumbre deducía de los libros en prosa y verso, ó de las representaciones teatrales. El clasicismo era como *el antiguo régimen* de

¹ La *Epistola á Albano*, de Tassara, aunque escrita en verso y como de burlas, es también de muy alto sentido estético. (*Poesías*, Madrid, 1872, págs. 83-93.)

la literatura, opinión gastada de viejos machuchos y razonadores apáticos; el romanticismo era el verbo sagrado de la escuela liberal, el estandarte á cuya sombra se cobijaba la juventud de los liceos, de las Universidades y hasta de los campamentos (díganlo García Gutiérrez y *El Trovador*). ¿Qué más? Hasta las mujeres se dividieron en *clásicas* y *románticas*; clásicas se decían las hacendosas y amigas de arreglar los asuntos domésticos, las que preferían la frescura del rostro y los buenos colores á la palidez sepulcral y las ojeras, que artificiosamente se procuraban las *románticas*. Estas eran las marisabidillas de todos los tiempos, las soñadoras presumidas, amantes de los poetas melencólicos, de las novelas fantásticas y de las lúgubres decoraciones. Beber el vinagre á pasto, engolfarse en los nuevos libros de caballerías, disertar sobre Dumas y Víctor Hugo, conversando en sueños y despiertas con Lucrecia Borgia y Diana de Chivri, con Jenaro y Edmundo Dantés, constituían su eterna ocupación. La sed de emociones fuertes, de elixires morales y de agitación nerviosa, las llevaba á las más cómicas y extravagantes ridiculeces, cuando no llamaban tiranía á la vigilancia paterna y á las leyes del decoro, con otras enormidades del mismo jaez.

La perniciosa transcendencia que tuvo el romanticismo cursi y exótico en el seno de la familia y en las imaginaciones femeniles, supera á todo encarecimiento; pero aún se dejó sentir más en el sexo fuerte, causando innumerables estragos en la fe, en las costumbres y en la educación literaria de aquella irreflexiva generación. Para sentar plaza de poeta fué preciso romper con todas las conveniencias sociales, alardear afectadamente de ignorancia como de medio preciso para ser un *genio* de inspiración original, cubrirse con la máscara del misterio y dar la preferencia á los trajes manchados y arqueológicos, á los modales bruscos y groseros, á la pedantería reglamentada,

sobre la manera común de vivir entre los simples mortales, no levantados á tan altas y vertiginosas cimas.

Por una coincidencia bien triste, los ingenios de más vigor y mayores esperanzas fueron, en gran parte, los que con mayor escándalo recorrían el camino de la disolución; los imitadores que no podían serlo en otra cosa, buscaban la fama de libertinos, con lo que tenían mucho adelantado para conseguir la de artistas. Entonces empezó á conocerse lo que desde Jorge Sand se llama *la vida de Bohemia*, y de *bohemos* más ó menos inspirados estaban llenas la corte y las primeras capitales de provincia. Las orgías byronianas de que hablan algunos versos de la época no se reducían sólo á lugares comunes, sino que eran reflejo harto fiel, por desgracia, de la realidad.

La *misión* fué otra de las tonterías no siempre inocentes con que soñaban aquellos ilusos, adoptando por lema y repitiendo en diversos tonos unas palabras célebres de Zorrilla. Misión llamaban á la tendencia devastadora que tantos males causó con sus declamaciones impías y su enfático lenguaje; ¡ojalá que no hubiesen tenido ninguna sobre la tierra estos endiosados Mentores de la *humanidad*! Y ya que *humanidad* hemos dicho, no pasará sin advertir que de aquellas calendas data el sentido panteísta en que muchos toman este vocablo sin saberlo, como datan otros que han traído el majestuoso idioma castellano á su miserable situación actual, sustituyendo sus geniales primores con recargados y postizos adornos, con frases pseudo filosóficas ó con locuciones adamadas é impertinentes.

No se me diga que está la pintura exagerada de propósito; apelo á biografías y Memorias de que todo el mundo se acuerda y que no me dejarán mentir. Por lo demás, soy el primero en reconocer los grandes bienes que reportó nuestra literatura del romanticismo sano; y porque tantas veces ha de mostrársele favora-

ble mi opinión, quiero dejar estampado aquí el correctivo que pueda necesitar para algunos.

Los escritos de costumbres, las sátiras y las comedias de entonces reprodujeron los rasgos más salientes de aquella revolución moral, aunque considerándola únicamente por su lado risible, que era para el caso el más á propósito. Lo mismo Gorostiza que Mesonero Romanos, lo mismo Bretón y Rubí que *Fray Gerundio* y *El Estudiante*, hicieron de ella sendas parodias, que no podemos reproducir extensamente, pero de que vamos á entresacar algunas como comprobante y ejemplo. La acción de *Contigo pan y cebolla* es un ataque directo á las niñas atolondradas que, contentándose con el amor ideal, para nada cuidan de lo por venir, olvidando locamente lo que después se encarga de enseñar la experiencia á costa de decepciones y amargas. Del artículo de Mesonero no es necesario hablar porque todos lo conocen de sobra, y bien lo lamentaban los románticos del 37, que tantas protestas lanzaron contra él y contra su autor.

Menos vulgarizada, aunque no menos donosa, es la sátira en esdrújulos que contra los dramones á lo Ducange escribió D. Eugenio de Tapia:

No puedes figurarte, amigo Próspero,
Cuánto me place el género dramático,
Cuando se anuncia al respetable público
Por la primera vez nuevo espectáculo
Vuelo á tomar billete como el céfiro,
Aunque den apretones cien gahnápiros,
En especial si el drama es de los hórridos,
Que docta multitud llama románticos.

.....
.....
Hubo decoraciones muy exóticas,
Noche de tempestad, truenos, relámpagos,
Convento, panteón, minas y cárceles,
Guerreros, brujas, capuchinos, cuáqueros.

.....

Tapia era un adalid del moderantismo clásico, y en verdad que no lo disimula.

Del repertorio bretoniano es la siguiente escena entre dos hermanas jóvenes, con las que alterna el novio de la una ¹:

MANUELA.y yo que anoche
Estuve en *Lucrecia Borgia*,
Quiero decir, en el drama
Que de este modo se nombra.
¡Aquella sí que es mujer!
No porque yo me proponga
Imitarla en sus maldades...
Pero ¡qué alma tan hidrópica
De agitaciones sublimes!

JOAQUÍN. (¡Y que quiera yo á esta tonta!)

TOMASA. Apuesto á que esa mujer
No hacía punto de blonda,
Ni supo en toda su vida
Cómo se hace una compota.

MANUELA. ¡Ay! ¡Por Dios! ¿Quieres matarme?
Ya se ve: como vosotras
Las clásicas no sentís,
Ni tenéis nervios...

.....

No tiene gran chiste la imitación del estilo romántico con que Estébanez Calderón pretendió desvirtuar la invectiva de Espronceda, *El pastor Clasiquino*, que tanto irritaba á los discípulos é imitadores de Meléndez. Como imitación, ahí va otra de López Pelegrín (*Abenhamar*):

¡Maldición! ¡Horrible suerte
Tuviste, Paca, al nacer;
Desde la cuna á la muerte...
Mejor quisiera no verte...
¡Arroja el cesto, mujer!

Fray Gerundio (ó sea D. Modesto Lafuente) nos pinta á un trovador desesperado leyendo una poesía ante

¹ *Me voy de Madrid*, acto I, escena IX.

una señora y sus dos hijas, mientras las tres le interrumpen con salidas de tono intercaladas entre los versos ¹.

¡Mujer! ¡mujer! oye mi triste acento
¡Que llaman, *Celestina!*
Dime quién es ese rival odioso,
El aguador, señora.
Que de beber su sangre estoy sediento,
Di que traiga otra cuba.
Y en ella ¡sí! me bañaré gustoso.
Y llene la tinaja, etc., etc.

De *El Estudiante* es la parodia cruel y casi tabernaria leída por él mismo en el Liceo de Madrid:

LA COMETA

BATURRILLO POÉTICO

Cuento romántico.

Allá en la cocina de un rico usurero,
Fregando un puchero
Con prisa y afán,
Colasa la tuerta se ve en un disanto;
Bañados en llanto
Sus ojos están.

.....

Más de una vez nos han salido al paso los nombres del Ateneo y el Liceo; y por haber sido tanta su significación, como centros adonde concurría lo más florido entre la gente de letras, y lugares de sosegadas y fraternales discusiones, bien merecen que se les consagre algún recuerdo ². Célebre ya en el segundo período constitucional, y señalado por el color político que fué causa de su inmediata supresión, el Ateneo se restaura y casi se instituye en 1835, gozando desde luego próspera y desahogada existencia, que después de años y

¹ El primero bien se ve que no lo es.

² Consúltense: R. M. de Labra, *El Ateneo de Madrid* (Madrid, 1878); M. Romanos, *Memorias de un setentón* (tomo II, cap. XIII, *Sociedades literarias*).

eclipses ha venido hoy á tomar nuevo incremento, aunque con sujeción á muy distintas bases. El arte literario constituía en el antiguo Ateneo una de las tareas de los socios, y fué estudiado en muy apreciables lecciones, hasta formar algunas verdaderos cursos, como sucede con las de Alcalá Galiano sobre *La literatura española, francesa, inglesa é italiana del siglo XVIII*. Sobre la elocuencia disertó D. Fernando Corradi; sobre Derecho natural y político, Donoso Cortés; y otros sobre variados temas que sería prolijo referir. De las sesiones destinadas al examen de algún punto literario no nos quedan más que confusas Memorias, y no de especial interés.

El Ateneo, como institución vasta y de complejos fines, estaba eclipsado por otra mucho más amena, más querida de los jóvenes, y que compensó lo humilde de su nacimiento y lo efímero de su duración con el número y la importancia de sus tareas. Se fundó en 1837, dos años después que el Ateneo, con el fin de suplir lo que á éste faltaba en las secciones de arte, reduciéndose al principio á asociación modestísima que formó en su casa un señor Fernández de la Vega con la ayuda de unos cuantos jóvenes. En 1838 se traslada *El Liceo* al palacio de los Duques de Villahermosa, en cuyos amplios salones vino á reunirse la porción selecta de los literatos, dándose unos á conocer y aumentando otros el renombre adquirido. De los primeros fué Rodríguez Rubí; de los segundos Espronceda, Escosura, Bretón y Zorrilla. El Liceo congregó asimismo á las poetisas más célebres de la corte, entre las que descolaron por su afecto á aquella Sociedad y por su inspiración la Avellaneda y la Coronado. Con el tiempo, y conforme se desenvolvía la idea de los fundadores, se arregló allí un teatro, para el que escribieron algunas de sus obras dramáticas Gil y Zárate, Ventura de la Vega y otros.

Los certámenes ó concursos que periódicamente

celebraba el Liceo fueron una de sus principales glorias, restaurando la poética tradición de los juegos florales veinte años antes de que lo fuese en Cataluña donde ha tenido, no obstante, más duración y arraigo. Los juegos florales se reservaban para la primavera, así como los llamados *grandes concursos* podían convocarse en las demás estaciones del año; una medalla de oro ó plata era el premio que se acostumbraba á proponer en los últimos. Los vencedores eran por lo común poetas de verdad, con excepciones muy contadas, y basta para demostrarlo los nombres de algunos, como los ya repetidos de la Avellaneda y Bretón de los Herreros.

Este obtuvo el cargo de primer consiliario en 1838, sucediéndole Escosura en 1840, y desde el 41 el Marqués de Molins, apasionadísimo del Liceo y uno de los que mejor han dado á conocer su historia.

No era allí sola la sección de Literatura, aunque sí la principal, pues también estaban representadas la Pintura, la Escultura, la Arquitectura y la Música, contando la primera con excelentes maestros, á quienes se debe algo de la restauración continuada después por los Fortuny, Rosales y Pradillas. El Liceo era, en suma, un monumento levantado á las artes, si no con esplendidez, al menos con mucha y entrañable afición, que no resultó ciertamente estéril. Las divisiones personales, el poder del tiempo, y más que todo las vicisitudes políticas, aceleraron el prematuro fin de aquella asociación, cuando ofrecía mayores esperanzas y cuando llegaba á su período de reposo la revolución artística á cuya sombra nació como una de sus más espontáneas manifestaciones.

Réstanos apreciar el periodismo de aquella época como medio de propaganda literaria, porque lo fué sin duda, y el de mayor alcance y más prácticas consecuencias. Pasando por alto las publicaciones periódicas que en los primeros años del siglo dirigía el in-

fatigable D. Pedro María Olive ((*Memorial literario*, *Minerva*, etc.), y que con sus noticias de las literaturas extrañas preludivieron el movimiento romántico, nada notable encontraremos hasta la revista *El Censor*, en que colaboraban Miñano, Lista, Hermosilla y otros escritores no menos distinguidos. *El Censor* tenía más carácter político que literario, y de lo que en este género insertó allí Lista ya hemos hecho la mención y el elogio correspondientes.

A contar desde la reacción absolutista (1823) paralizóse por completo la agitación de los años anteriores; y mientras se publicaban los *Ocios de españoles emigrados* en Inglaterra (1824-26), la Corte de Madrid se entretenía en descubrir tramas y conspiraciones, sumida en un quietismo literario que, después de todo, quizá no deba posponerse á las intemperancias del período constitucional. Allá en 1828, y amparándose con lo incoloro de su carácter, apareció *El Correo Literario y Mercantil*, con alguna firma ilustre como la de Bretón, junto á otras como la del indispensable D. Mariano Rementería. Mucho verso malo y muchas sinsubstancias de toda especie engrosaban la colección de *El Correo*, que cesó de publicarse en 1833.

El célebre D. José María Carnerero fué el alma de dos revistas, para cuya redacción logró reunir escritores tan insignes como Mesonero Romanos, Estébanez Calderón, Ventura de la Vega, y más tarde D. Mariano José de Larra. Con las *Cartas españolas* (Marzo de 1831—Noviembre de 1832) y la *Revista Española* (Noviembre de 1832—Agosto de 1836), su editor hizo el más afortunado ensayo que era entonces posible, dió vida á la razonable contienda literaria y preparó el camino á las declaraciones abiertamente románticas de *El Artista* (1835-1836), el paladín más caluroso de los nuevos dogmas.

No se había hecho aún la separación entre las letras y los partidos, ni entre la revista y el periódico,

resultando de aquí la mezcla cotidiana de los extractos de sesiones y la crítica teatral, y el que se batieran moderados y progresistas con la misma pluma que servía para ensalzar al literato de casa y estigmatizar al enemigo. Así, *El Eco del Comercio* (1834-49), órgano batallador de los exaltados, como *La Abeja*, *El Español* y *El Correo Nacional*, discutían alternativamente temas de arte y temas de Parlamento; y cuanto á las personas, lo mismo á Gil y Zárate y el Duque de Rivas, que á Pidal y Mendizábal. Ahora que, siendo todos ellos liberales, en medio de sus divergencias eran también todos románticos, pues ya la cuestión dejaba de ser fundamental y se ceñía al más ó el menos de libertad en uno y en otro sentido. *El Eco del Comercio* llegó en su odio y audacia á maltratar injustísimamente el *Don Alvaro*; *El Correo Nacional*, adalid del moderantismo desde que se fundó en 1838, sostuvo crudas polémicas con *El Eco* y renació de sus cenizas en *El Heraldo* (1842). Para cuando éste adquirió celebridad, la lucha de clásicos y románticos era ya anacrónica y trasnochada.

Pero además de estos periódicos y de algunos no tan conocidos, publicábanse en Madrid, siquiera fuese como excepciones, verdaderas revistas de gran interés y duración. Descolló entre todas el *Semanario Pintoresco*¹ por su carácter exclusivamente artístico: él recogió las primeras inspiraciones de Zorrilla, Larrañaga, Bermúdez de Castro y Enrique Gil; en él continuaba sus cuadros de costumbres *El Curioso Parlante*, y contribuyó por otro estilo al perfeccionamiento del grabado, que se hallaba en suma y deplorable decadencia. Fundado y dirigido por Mesonero desde 1836 á 1842, perdió mucho de su valor en los tres años siguientes, hasta que pasó en el 45 á manos de Navarro Villoslada, y después á las del diligente Fernández de

¹ Puede leerse su historia en la introducción al volumen de 1853 y en las *Memorias* de Mesonero Romanos.

los Ríos (1846-57). En la *Revista de Madrid* (1838-45) se distinguieron D. Alberto Lista y D. Pedro José Pidal; y aunque no trataba sólo asuntos de literatura, debióle ésta excelentes artículos y hallazgos bibliográficos que bastarían para perpetuar su memoria. No pudo rivalizar con la de Madrid la *Revista de España, de Indias y del Extranjero* (1842-1848), donde insertaba su director, D. Fermín Gonzalo Morón, estudios sociales, filosóficos y políticos junto con los literarios. Nada diré de otras publicaciones que, ó por su insignificancia, ó por pertenecer al siguiente período, no promovieron en ninguna manera la variadísima y múltiple revolución que ligeramente hemos diseñado como preliminar para el concreto análisis histórico de la misma.



CAPÍTULO VI

DEL CLASICISMO AL ROMANTICISMO

Transición en la lírica.—Cabanyes, Gallardo, Maury, el Duque de Frias.—
Transición en el teatro.—D. Mariano José de Larra (Figaro).

HEMOS visto ya cuántos y cuán variados elementos dieron vida á la revolución romántica, y cómo no se pudieron substraer totalmente á su influjo los genuinos representantes del arte clásico, los Quintanas, Listas y Gallegos, por no enumerar otros de escasa significación. Lo que ante todo se preconizaba, así con los ejemplos como con las teorías, era la emancipación del ingenio, que, más ó menos vergonzante y emboscada, fué manifestándose en muy diversas formas, aunque casi siempre conservando un matiz de relativa templanza durante este período de transición, que anuncia otro de protesta franca y tumultuosa.

Hablando en rigor, no debiera colocarse junto á ningún otro el nombre del egregio y malogrado poeta